



rica que parece haber establecido entre los indios primitivos y las tribus del OE., las cuales, segun hemos visto ya, tienen al parecer un origen comun, si nos referimos á los testimonios de la filología comparada. Aquel escritor prueba primeramente que los mismos indios ponen la cuna de su nacion hácia el OE., y probablemente en la region del Cáucaso. En diferentes épocas parece que las tribus que quedaron en esta parte del Asia, y habian recibido el nombre de escitas, se hicieron usurpadoras de los nuevos establecimientos de sus hermanos, y modificaron considerablemente las costumbres y la religion de los indios, al mismo tiempo que dieron origen á algunas familias de reyes que se colocaron entre las más distinguidas.

Hemos hablado de una irrupcion de estas tribus en la India unos 600 años antes de Jesucristo, irrupcion casi contemporánea de una invasion semejante que procedia del mismo lugar, y se extendió al Asia Menor, al Norte de Europa, y al Oriente hasta la Bactriana, donde destruyó la dominacion de los griegos. Debe hallarse á los antiguos getas en los jitos de la India moderna, que están esparcidos por el país que se extiende desde las montañas del Jud hasta las playas de Mekran, y siguen todavía el mismo género de vida errante que hacian en las latitudes más septentrionales. Los Asi de la historia antigua son probablemente la casta aswa de los indios (1). Despues de sentar estas semejanzas de nombre, el erudito escritor descubre tales puntos de asimilacion entre los habitantes del Norte y los actuales del Rajasthan, en el traje, la teogonia, las costumbres civiles y guerreras, y las formas religiosas, que no deja subsistente ninguna duda razonable sobre la afinidad de estas dos castas (2). ¿Debe presumirse que las semejanzas de que se trata provienen de una invasion subsiguiente, ó habrán de verse las reliquias de una afinidad primitiva? Juzgo que esto puede dar materia á una amplia discusion.

Tengo razon para dudar que puedan defenderse algunas etimologías, y temo que en muchos casos la fecha histórica no confirme la semejanza de nombre lo bastante para que podamos deducir con toda seguridad que los objetos son idénticos. Sin embargo, todas estas consideraciones son de una importancia secundaria: mi docto amigo ha hecho bastantes para convencerme de las relaciones primitivas que existen entre las tribus dominantes, todavía en

(1) Pág. 63.

(2) Págs. 65 á 80.

la Escandinavia, y las que no han cesado de dominar en la India; y esto nos dará materia para muchas reflexiones. En efecto; se notará cómo en más de una ocasion, aparte de mi objeto principal, que es descubrir el fruto de las investigaciones científicas hechas sobre las verdades sagradas, he tratado de llamar la atencion hácia la luz que mi estudio difunde necesariamente sobre otro. Por eso deseo, que se observe ahora cuánto parece que se aclaran nuestras primeras indagaciones con estas últimas, que son en todo diferentes, excepto en un punto, y es que sirven de confirmar aún más completamente la verdad de las Santas Escrituras, ya atestiguada por las otras. Cada nuevo paso dado en el estudio comparativo de las lenguas, nos ha demostrado de un modo más positivo que el género humano formaba una sola familia en el origen; y el estudio de la historia primitiva de las naciones, junto con la observacion de sus costumbres, religion y hábitos, nos lleva precisamente á la misma conclusion. Y esto no se limita sólo á los miembros de la misma familia territorial, como los germanos y los indios, porque el coronel Tod ha señalado realmente coincidencias tan curiosas entre el origen á que aspiran los mongolios y los chinos, y los anales fabulosos y primitivos de los indios, que parece que dichas coincidencias nos colocan, por lo tocante á la investigacion histórica de su origen comun, en el mismo caso que los descubrimientos de Lepsius y otros con respecto á las investigaciones etnográficas, es decir, que dejan entrever la posibilidad de demostrar que algunas familias humanas, enteramente separadas hoy por idiomas diversos, fueron en su origen una sola y misma familia. En cada ciencia tal vez no se ha dado más que un paso; pero con tanto fruto, que pueden esperarse descubrimientos todavía más extensos y satisfactorios; y si se prueba históricamente el origen comun de estas naciones, habremos adquirido una prueba vehemente de que fué menester la accion de una causa grande y desconocida para dar á cada una de ellas un idioma tan distinto en su esencia.

Además, las investigaciones de que se trata prueban todavía mejor, que el clima ó alguna otra causa puede alterar el exterior y la fisonomia de un pueblo; porque admitiendo la hipótesis del docto escritor en toda su latitud, y suponiendo que la casta que ocupa ahora el Rajasthan sea una tribu del Norte que invadió este país 600 años antes de Jesucristo, y que esta tribu fué una porcion de la misma nacion que se apoderó de la Jutlandia hácia la misma



época, está demostrado que dos colonias de la misma tribu han podido en el curso de algunos siglos adquirir los caracteres físicos más diferentes, teniendo la una el cabello rubio y la piel blanca de los dinamarqueses, y la otra el color moreno de los indios. Pero no vayamos tan adelante: supongamos solamente que la semejanza de nombres y costumbres sean rastros de una afinidad primitiva. Aun así, podemos sacar una conclusion de esta hipótesis, que sólo se diferenciará de la otra por una especie de incertidumbre en la comparacion de las fechas, y decir que los getas de la Escitia dieron origen á las castas más blancas de la nacion del Cáucaso, mientras que los getas del Indostan han producido los hombres más morenos de la Mongolia. Esta reflexion contribuirá también mucho para destruir la hipótesis de Heeren en cuanto á la existencia de dos castas diferentes en la península Indica, que se distinguen en el día por la diferencia de color, y constituyen los brahmas y las castas inferiores.

La completa semejanza entre los sistemas fabulosos de la India, de la Grecia y de la Escandinavia, que se descubre, no sólo en los caracteres y atributos de sus divinidades respectivas, sino también en sus nombres y en las menores circunstancias de sus leyendas, es un descubrimiento que pertenece á la primera historia de los estudios de este género. Jones, Wilford y otros en la última generacion han demostrado ampliamente este punto. El postrero de dichos escritores ha reproducido también con la mayor diligencia y laboriosidad la antigua hipótesis, segun la cual habia una estrecha afinidad entre los adoradores del Nilo y los del Ganges; pero desgraciadamente, las circunstancias que he individualizado ya respecto de este autor, ha entibiado el interés que de otro modo hubieran excitado sus investigaciones. Sin embargo, el coronel Tod ha añadido muchos puntos importantes de semejanza entre las fábulas de los dos países á los que ya poseíamos. Me contentaré con citar su descripción de la fiesta de Goure (1), celebrada con gran solemnidad en Mewar, y las observaciones que van adjuntas en forma de comentarios. Hallamos, pues, aquí nuevas razones para sospechar que existe una afinidad entre dos naciones pertenecientes á diversas familias, segun las divisiones filológicas.

Esta acumulacion creciente de pruebas en favor del origen comun de las naciones sacadas de investigaciones que de ningun modo

(1) Pág. 570.

iban dirigidas á este descubrimiento, debe fortalecer sobremedida nuestra confianza en la utilidad de un estudio cualquiera, cuando se le pone escrupulosamente en armonía con las ciencias que se le parecen, y se le hace adelantar juntamente con estas á pasos iguales.

Despues de haber visto reducida á límites razonables la cronologia de la India, y leído en su historia primitiva las nuevas analogías descubiertas entre su origen y el de las otras naciones, nada debe ya detenernos más tiempo entre los habitantes del Asia. Ningun otro pueblo de este continente ha dado margen á investigaciones tan asiduas, en parte porque ninguno presenta materiales capaces de excitar por su interés el celo de los sábios en el mismo grado, y en parte porque nuestras relaciones con la India nos han proporcionado más ocasiones de cultivar la lengua en que está escrita la historia de este país. Con todo, por no ser descorteses con las otras naciones, y para que no pueda creerse que sus anales no son tan fáciles de tratar como los que he discutido, os daré en pocas palabras la opinion de uno ó dos escritores, que en nuestro tiempo se han tomado el trabajo de desenmarañar las cronologías primitivas de aquellos.

Klaproth, en su Ensayo, reimpresso varias veces por él bajo formas y en lenguas diferentes, trató de fijar el principio de la historia dudosa de las diferentes naciones del Asia, siguiendo principalmente á sus propios historiadores (1). Su trabajo fué breve en cuanto á los reinos mahometanos, cuya historia antigua se compone enteramente de lo que copian de Moisés, ó de lo que engertan en algun tronco judío. Los mismos anales persas apenas pueden subir más allá del advenimiento de los Sassanidas al trono el año 227. En ellos se pinta á Ciro como un personaje heroico ó fabuloso. Antes de él tenemos la dinastía de los Pishdadios, que era puramente fabulosa (2); y entre los sábios es objeto de discusion si Gustasp, contemporáneo de Zerdhust ó Zoroastro, es el Histaspes de la historia, ó un soberano contemporáneo de Nino (3), ó el Ciaxara de los medos (4).

(1) *Essai sur les historiens asiatiques*, publicado primero en el *Diario asiático*, Setiembre y Noviembre de 1823, reimpresso despues en sus *Memoirs relatifs al Asia*, á las que me remitiré en el texto. El Ensayo volvió á publicarse en el *Asia polyglotta*.

(2) Hyde, *De religione veterum persarum*.

(3) Volney, *Investig. nuevas sobre la historia antigua*; Paris, 1822.

(4) La opinion proferida por Tychseu, *Comment. soc. Götting.*, t. II.





En la misma categoría entran poco más ó ménos las naciones cristianas, cuya historia, comparativamente moderna, fué escrita por el clero, historiador necesario de un pueblo poco adelantado aún en la civilización. Estas naciones debían naturalmente desechar las tradiciones indigestas y fabulosas que forman la historia primitiva de los pueblos paganos, y rechazar la idea de parecerse á ellos por una descendencia común de divinidades impuras é impías, y habían de procurar sustituir á tales tradiciones las que los escritos revelados ofrecían en cambio. Vemos que los georgianos y los armenios se hallan efectivamente en este caso. La primera parte de sus anales está sacada de la Biblia, y se afanan por descubrir sus antepasados en el inmenso arsenal de la historia primitiva, el libro del Génesis. Luego llenan un largo espacio con narraciones tomadas de historiadores extraños, y por fin unen á estas sus ruines tradiciones, demasiado modernas para que pueda sobresaltarse la más escrupulosa delicadeza tocante á la revelación. La época más lejana á que alcanza entre ellos el menor hecho que merezca llamarse histórico, es dos ó tres siglos antes de Jesucristo, según Klaproth (1).

Restáanos hablar aún de la China, que seguramente debe exceptuarse de las observaciones que he apuntado. Este país posee una literatura nacional antiquísima, y presume ser la primera nación del globo. Todos sabemos también que sus anales suben á una antigüedad respetable, y es natural que se espere vernos examinar sus pretensiones con tanta diligencia como la que hemos puesto en verificar las de su rival en la India. Sin embargo, me contentaré con presentar en pocas palabras las deducciones que ha sacado Klaproth del estudio de sus escritores, á que se dedicó principalmente, y puedo aseguraros que tendréis las decisiones de un juez que de ningún modo está dispuesto á apoyar nuestros deseos, menospreciando los títulos de gloria de los chinos.

Según él, el historiador más antiguo de la China fué su célebre filósofo Confucio. Se dice que este trazó los anales de su país conocidos con el nombre de Chu-king, desde el tiempo de Yao hasta el en que vivió. Supónese que Confucio existía unos 400 ó 500 años antes de Jesucristo, y la era de Yao se fija en el 2557 antes de la misma época. Así, pues, el primer historiador dista más de 2.000 años de los primeros sucesos que cuenta; pero esta antigüedad, por muy remota que sea, no satisfacía el

(1) Pág. 412.

orgullo de los chinos, y algunos historiadores más recientes han puesto otros reinados antes del de Yao, y los han hecho subir hasta la venerable antigüedad de tres millones doscientos sesenta y seis mil años antes de Jesucristo.

Para que podáis calcular con más exactitud la autenticidad de los anales chinos, os haré observar que 200 años después de la muerte de Confucio proscribió sus obras el emperador Chi-Hoanti, de la dinastía de Tsin, y decretó que se destruyesen todas las copias de aquellas. Sin embargo, el Chu-king se volvió á copiar bajo la dinastía siguiente de Han, dictándole un anciano que le había conservado fielmente en la memoria. Tal es, pues, el origen de la ciencia histórica en la China, y á pesar de todo el respeto debido al gran moralista del Oriente, y aunque declara haber escrito con referencia á materiales ya existentes, no vacila Klaproth en negar la existencia de toda certidumbre histórica en el celeste imperio antes del [año 732 anterior á Jesucristo, época inmediata á la fundación de Roma, y cuando ya iba declinando la literatura hebrea (1).

Los japoneses no son más que los copiantes de los chinos en punto á ciencia histórica. También cuentan millones de años antes de la era cristiana; pero la primera parte de sus anales es puramente mitológica, y la segunda nos presenta las dinastías chinas reinando en el Japon. Hasta el advenimiento de los Dairi al trono en el año 660 antes de Jesucristo, no puede darse alguna fe á sus anales (2).

Echando una ojeada hácia atrás sobre la cronología de las diferentes naciones de que he tratado, no puede menos de llamar la atención la observación de que se han frustrado todas las tentativas hechas para señalar á alguna de ellas un sistema de cronología contrario á la autoridad de los libros de Moisés; y aun las más de estas naciones, cuando hemos concedido una existencia real á las partes más dudosas de su historia, no nos remiten á una época anterior á la que señala la Escritura á la existencia de imperios poderosos en el Africa oriental, y de Estados conquistadores en las costas occidentales del Asia.

El sábio Windischmann pone también entre

(1) Abel Rémusat está inclinado á hacer subir la historia de los chinos al año dos mil doscientos antes de Jesucristo, y toda tradición plausible hasta el dos mil seiscientos treinta y siete. Ni aun esta antigüedad tiene nada de formidable para la creencia cristiana. *Nuevas misceláneas asiáticas*, t. I; Paris, 1829.

(2) *Die philosophie*, 1 th. 1 Abtheil, Bona, 1872.



los tiempos inciertos el período entero de la historia china, que Klaproth ha clasificado de esta suerte: demuestra la concordancia de esta época con otra forma de cómputo sacada de los ciclos de años aceptados por los chinos; y el resultado de este trabajo es una relación bastante evidente entre la fecha asignada á la fundación del imperio celeste por Fo-hi ó Tuchi, que algunos han supuesto ser Noé, la época del diluvio según el Pentateuco samaritano y el principio del Cali-Yuga indio ó edad de hierro. El filósofo Schlegel (1), no sólo sigue esta opinión, sino que cree también con Abel Rémusat, que los caracteres escritos de los chinos deben tener 4000 años de antigüedad; lo cual, como él observa, haría subir su origen á tres ó cuatro generaciones después del diluvio, según la era vulgar; este cálculo no es ciertamente exagerado.

(1) *Filosofía de la historia*, t. I, traducción de Robertson.

Aun en la India hemos visto que algunos autores, como el coronel Tod, siguen las tablas cronológicas del país en todos puntos, y sin embargo, llegan casi exactamente á la misma época para el principio de su historia. Seguramente tal coincidencia debe tener fuerza de prueba para los entendimientos más obstinados, y convencerlos que debe levantarse alguna barrera grande é insuperable entre las naciones, y todas las tradiciones primitivas que puedan llamarse ciertas, aunque esta barrera haya dejado pasar algunos débiles destellos de recuerdo en cuanto al estado original y la condición más dichosa del género humano. Una catástrofe repentina, por la cual fué destruido este en gran parte, pero no totalmente, presenta la solución más natural de todas las dificultades históricas; y el concurso de los testimonios que tenemos sobre este gran fenómeno físico, junto con la confesión tácita de las naciones más envanecidas con su antigüedad, debe ciertamente preservar de toda impugnación esta parte de nuestra historia revelada.